

higiene racional. Los antiguos — en este sentido nuestros maestros — que ignoraban sin embargo la existencia de los malditos bacilos, somían á un género de vida severamente higiénica á los campeones de ambos sexos que debían distinguirse por su belleza. Todas las personas que rivalizaban por la hermosura, debían renunciar al uso de *toda carne y alcohol* y en cambio cada día se daban uno ó dos baños de vapor, seguidos de masajes completos, de fricciones y frotaciones en frío, después se frotaban el cuerpo con aceite ó unguentos olorosos.

Estos campeones debían seguir un régimen compuesto racionalmente, y alternando tenían reposo y movimiento, goce abundante de aire fresco, etc.

Este programa de los antiguos para obtener y conservar su belleza, aun se practica hoy. Sólo con la higiene es como se obtiene la salud, condición primera de toda belleza corporal.

M. PLATEN

## MISCELANEA

### LA TUMBA DE HAMLET

La desolación reina en Elseneur. No es que se haya vuelto á ver, paseándose por los baluartes la sombra del padre de Hamlet; pero sí, que la tumba de Hamlet está amenazada de desaparecer. Situada cerca del castillo de Marienslyst al Norte de la isla de Seeland, en un punto donde se tiene una vista admirable sobre el mar, se le llama el "menestrel"; una fuente de recursos importantes para la ciudad vecina de Elseneur.

Es una de las curiosidades de la comarca. Todos los años millares de turistas visitan este lugar de peregrinación y la fuente de Ofelia, que la tradición popular coloca cerca de este paraje.

Ahora, se dice, que la nueva línea del ferrocarril del Mar del Norte debe pasar precisamente por esta esquina de tierra, respetada hasta hoy, y alterar completamente la belleza del sitio.

Todas las protestas han sido inútiles. Los ingenieros mantienen su proyecto, por razones excelentes sin duda, desde el punto de vista de la topografía y de las ventajas utilitarias. Pero sus razones tendrán no obstante, si ellas llegan á prevalecer, el efecto de dañar las ciudades y aldeas vecinas en sus intereses y el apego á un viejo recuerdo cuyos vestigios parecen definitivamente consagrados por un culto de muchos siglos.

C. de E.

## IDEAS

La propagación de las buenas ideas, la lucha hacia el perfeccionamiento social, producirán necesariamente dificultades, harán rodar piedras y malezas inseguras, hacia el abismo, pero un viajero, y otro llegarán y cuando ascienda un milésimo, el camino presentará menos estorbos.

Comenzemos:

La moda: veamos en ella siempre un muralón siniestro donde se detiene la virtud y la higiene en diversos aspectos, costumbres que á veces son vicios sociales, usos que la razón condena, anomalías reconocidas por el sentido común que perduran, ídolo falso mimado por las sociedades y contra el cual basta no más que

carácter y virtud moral, destruir esos caprichos de niño de las comunidades y darles independencia y voluntad propias y razonadas.

Combatamos siempre esas modas estultas, hagamos comprender la degeneración á la que contribuyen las altas sociedades que dejan tácita — y por lo tanto pecaminosamente — propagarse, los individuos llamados á atacarla.

La moda perjudica en todas partes: su camino va desde el hogar humilde y bajo en lo doméstico, hasta los más altos poderes públicos en lo político; desde el burdo zapato del labriego hasta el sombrero finísimo del diplomático; recorre todas las escalas sociales, se introduce en las creencias religiosas y políticas; va de la industria y el comercio á las artes y aun en el campo de la ciencia deja su huella: doquiera se opone al cristianismo verdadero y á la democracia sosteniendo orgullos y marcando diferencias.

La protesta enérgica se impone y á ella acudimos para hacer fuerza por la unión.

OSCAR MILD

## ESAS MUJERES...

¿No habéis encontrado nunca en vuestra vida una mujer que os ha hechizado, durante un momento y que luego ha desaparecido? Estas mujeres son como estrellas que pasan rápidas en las noches sosegadas del estío. Habréis encontrado una vez, en un balneario, en una estación, en una tienda, en un tranvía, una de esas mujeres cuya vista es como una revelación, como una floración repentina y potente que surge desde el fondo de vuestra alma. Tal vez esta mujer no es hermosa; las que dejan más honda huella en nuestro espíritu no son las que nos deslumbran desde el primer momento...

Vosotros entráis en un vagón del ferrocarril ó os sentáis junto al mar en un balneario; después vais mirando á las personas que están junto á vosotros. He aquí una mujer rubia, vestida de negro, en quien vosotros no habéis reparado al sentaros. Examinadla bien: los minutos van pasando; las olas van y vienen mansamente; el tren cruza los campos. Examinadla bien: posad los ojos en su pelo, en su busto, en su boca, en su barbilla redondeada y fina. Y ved como vais descubriendo en ella secretas perfecciones y cómo va brotando en vosotros una simpatía recia é indestructible hacia esta desconocida que se ha aparecido momentáneamente en vuestra vida.

Y será solo un minuto; esta mujer se marchará; quedará en vuestra alma como un tenue resguero de luz y de bondad; sentireis como una indefinible angustia cuando la veais alejarse para siempre. ¿Por qué? ¿Qué afinidad había entre esta mujer y vosotros? No lo sabemos; pero presentimos vagamente, como si bordeáramos un mundo desconocido, que esta mujer tiene algo que nos pertenece y que no volveremos á encontrar jamás.

Yo he sentido muchas veces estas tristezas indefinibles; era muchacho; en los veranos iba frecuentemente á la capital de la provincia y me sentaba largas horas en los balnearios, junto al mar. Y yo veía entonces, y he visto luego, alguna de estas mujeres misteriosas, sugestionadoras, que, como el mar azul que se ensanchaba ante mi vista, me hacían pensar en lo infinito.

J. MARTÍNEZ RUIZ.

## POR TELEFONO

—Aló! es Ud. un Tal? Dígame...

En este instante me interrumpe una voz femenina de timbre fuerte y agradable que llega á mi sobre las olas del hilo, si se me permite la expresión.

La voz dice:

—Con quien cree Ud. encontrarse en comunicación?

—Con el N<sup>o</sup> 3053-47.

—Se ha equivocado. Habla con el 3043-47.

Bien! Estas señoritas del teléfono no tienen ventaja. Escúseme, señora.

—Ud. lo está, señor.

Señora! Me permito pedir á Ud. no cuelgue el receptor; tengo algo que decir á Ud.

—Hable señor.

—Tiene Ud. una voz tan encantadora que he concluido por considerar á Ud. bastante joven y demasiado gentil.

Aquí escuchó una carcajada. Magnífica seña, desde luego que la risa es deliciosa. Adivino que mi corresponsal no es nada esquivo y que hastiándose en la casa acude sin descontento á esta distracción que se le presenta. De cualquier modo me es provechoso.

—Cree, señora, conversar con uno de mis amigos de la calle Le Peletier. Dónde vive Ud?

—Es Ud. bastante curioso. No debe Ud. preocuparse por ello.

—Es verdad. Pero atienda que, si yo quisiera conocerla, poseyendo su número no tendría más que consultar el "Anuario de Teléfonos".

—Y bien! consúltelo y verá si puede llegar á saber quien soy... los nombres de los abonados están dispuesto en orden alfabético, de modo que sus números están colocados en una mezcla terrible. No hay medio de encontrar uno á menos que se lean todos.

—Bah! Esto si es cierto.

Y mi corresponsal volvió á reír pareciendo burlarse de mi chasco.

Prosigo.

—Señora, me permito rogarle respuesta á una indicación: es Ud. una jovencita, es Ud. casada, viuda ó divorciada?

—¿Que puede interesarle á Ud. todo eso?

—Me importa grandemente, usted comprenderá el porqué, si se sirve contestarme.

—Bien, soy casada.

—He aquí lo que yo temía

—Porqué

—Porque era mi intención pedir á Ud. en matrimonio. (Risa al otro extremo del hilo).

Ha llegado Ud. muy tarde. Estoy casada desde hace tres meses.

—Oh, oh!

—Qué le ocurre á Ud?

—Se me ocurre esto: puesto que Ud. se ha casado desde hace tan poco tiempo sería una indiscreción exigirle un divorcio que pudiera hacerme feliz.

—En efecto. Pero porqué desea Ud. que y sea su esposa?

—Porque estoy enamorado de Ud. Desde que yo conozco á Ud. no duermo, no como, no me es posible vivir más.

—Cómo puede Ud. conocerme desde hace tres minutos, aun no ha tenido tiempo para sufrir y por mi parte se me hace difícil condolerme de Ud. Se puede, por ventura, enamorarse de una mujer á quien nunca se ha visto?

—Y el acento de su voz no es suficiente acaso? Cuando yo estaba en el Liceo se nos hacía oír la misa mayor en la capilla. Fue aquí donde una voz celestial de soprano nos sumergía en profundo éxtasis. Era una voz maravillosa que despertaba en nosotros amorosos sentimientos hacia la divina criatura que la poseía. Sin embargo, no podíamos conocerla por medio de los ojos, cantaba ella tras del órgano y el órgano se encontraba en alto, en una tribuna. Un día en el momento que salíamos en fila (siempre se nos tenía en fila en ese presidio) procuré quedarme atrás y, encontrándome solo, subo la escalera que conducía á la

tribuna. Iba, pues, á contemplar el angel de cabellos blondos que entreveía en mis sueños! El rubio angel, estaba allí apareciéndoseme bajo la forma de un hombre grueso, imberbe, de unos cuarenta años. ¡Atroz desilusión! Así era ese ente repugnante privilegiado por la naturaleza con una voz de soprano que había hecho estremecerse á mi alma.

Ve Ud. como se puede enamorar de una persona tan sólo por el oído y el cerebro sin que sea necesaria la visión? Aló! Me entiende Ud. señora?

—Le comprendo muy bien.

—Por lo tanto no aleje de mí toda esperanza. Ud. está encantada de su marido, lo concibo, pero de aquí á un año... quien lo sabe! Guardo por ahora el número de su teléfono y volveré á suplicarle en ese entonces.

—Esto es! ante todo no lo olvide.

Ella reía.

—Señora!

—Qué se le ofrece?

—Sabe Ud. que esto que nos ha sucedido no carece de valor. Parece que estuviéramos en Carnaval en el baile de enmascarados. Yo no conocía á Ud.; Ud. no me conocía y he aquí que viene el teléfono y coloca un antifaz sobre nuestra cara. En tales condiciones todo es permitido. Señora, voy á abrazarla.

Oh! eso no, por ejemplo!

Advierto que mi corresponsal hace un brusco movimiento hacia atrás. Lo que es la imaginación!

Ella continúa:

—Ud. abusa, si prosigue de esta manera colgaré el receptor.

—o haga tal cosa, se lo ruego! Se vería Ud. en el compromiso de ser la causa de mi muerte. No sobreviviría á tan brusca ruptura, me suicidaría... simplemente.

—Por lo demás no podemos permanecer ambos pegados al teléfono durante el resto de nuestra existencia.

—Puede que si, es una costumbre propia para ser continuada.

—Sí, pero yo no quiero continuarla.

—Esto prueba en Ud. una sequedad de corazón, una falta de sensibilidad de la que yo nunca la habría creído capaz. A propósito, es Ud. morena ó rubia?

—Y Ud.?

—Yo... no es la cosa de importancia.

—Y bien! yo... (aquí un ruido en el aparato.)

—Aló! aló!

—Y nada más. La comunicación acaba de ser interrumpida. Cual es la causa? serán los empleados de M. Bernard que nos han "cortado" como se dice en el lenguaje telefónico? Ha sido mi corresponsal sorprendida por la llegada imprevista de alguien que haya entrado á su pieza donde ella se encuentra? Su marido acaso? Entreveo un drama.

—A quien telefoneabas?

—A ninguno, mi amigo.

—Como, á ninguno! cuando se habla por teléfono... y tú hablabas... á alguien se dirige. Quien era ese, alguien?

—Un desconocido, un señor que se ha equivocado de número.

De dos cosas, una ó el marido está satisfecho con esta explicación verídica, ó, celoso como un tigre, la sospecha, la terrible sospecha se apodora de su alma. El aumentará esta sospecha aun cuando no sea español y de este modo me encontraré siendo la